Fernán Caballero

El Alcázar de Sevilla



GENIO MALIGNO

1863

FERNÁN CABALLERO

El Alcázar de Sevilla

1863

GENIO MALIGNO

El Alcázar de Sevilla, de Fernán Caballero (1863).

Esta obra se encuentra en dominio público en la República Argentina (Ley 11.723). Última muerte relevante: 1877. Dominio público en Argentina desde el 1/1/1948.

Texto tomado de Wikisource en español: https://es.wikisource.org/wiki/El_Alc%C3%A1zar_de_Sevilla. La transcripción de Wikisource se distribuye bajo licencia Creative Commons Atribución-CompartirIgual 4.0.

Edición digital: Genio Maligno, biblioteca de dominio público. geniomaligno.com.ar

Capítulo I

Magnífico es el Alcázar
Con que se ilustra Sevilla;
Deliciosos sus jardines,
Su excelsa portada, rica.
Duque de Rivas.

Difícil y aun ardua tarea es la que nos proponemos al intentar describir el Alcázar de Sevilla, porque no hay cosa más indescriptible. Difícil tarea es, repetimos, aun para nuestra paciente pluma, que, bien que mal, se complace en describir lo que la impresiona o interesa. Como no somos historiadores ni artistas, no describiremos bajo el punto de vista histórico ni bajo el artístico este venerable decano de los edificios del país, joya de patrimonio de nuestros Reyes: harémoslo sencillamente de la manera gráfica y minuciosa con que reproduce el daguerrotipo los objetos, esto es, retratándolos sin otras impresiones que las que ellos mismos causan.

El Alcázar, castillo fuerte y residencia de los Reyes Moros, fue mucho mayor de lo que lo es en el día. Hasta la Torre del Oro, cercana al río, se extendían sus fuertes muros, hoy en parte arruinados, en parte fuera del

recinto del actual Alcázar, y escondidos y oprimidos entre casas, sobre las cuales se alza de trecho en trecho una de sus torres, como un roble entre las zarzas que lo oprimen, para respirar en ancha atmósfera y no ahogarse mezquinamente. En el día su recinto es más reducido, y carece de los cuarteles, cuadras y plazas de armas que probablemente ocuparían antes el terreno cercado. Como las construcciones del pueblo reconcentrado a que debe su origen, carece el Alcázar de fachada exterior; y sólo tres puertas pequeñas, sencillas y rivales; y un postigo, dan separada entrada a tres de sus cuatro patios, alrededor de los cuales se alinean construcciones de diferentes gustos y edades, recuerdo de distintas épocas y diversos monarcas, que se tocan, si no en la mayor armonía, en la más perfecta paz y concordia, y son todas viejas y pobres esclavas de la mansión Regia, hermosa sultana de eterna juventud.

Una de las bellezas que sorprenden y admiran a todo el que se dirige a visitar el alcázar, es la plaza llamada del Triunfo, que antecede a la entrada del primer patio, y que nos recuerda otra grandiosa plaza de la capital de Galicia, que, como ésta sólo se halla formada por cuatro edificios. Alzase al Norte la nunca bien ponderada, la nunca bastante admirada catedral, la Iglesia de las iglesias, la honra de la católica España, santo e infalible reloj cuyo minutero no ha discrepado un punto desde que la inmutable dignidad del culto católico le dio cuerda. Vese al Poniente la Lonja, hermosa y perfecta construcción de Herrera, que en estantes de caoba conserva con el merecido decoro los preciosos documentos del archivo de Indias. Al Sur se alzan las almenadas murallas del Alcázar, flanqueadas de torres macizas que le sirven de poderosos sostenes contra el común enemigo, el tiempo, pero que fueron impotentes contra el ejército que

tuvo por caudillo al Santo Rey Fernando III. Completa esta plaza al Levante una espaciosa y bella casa particular que no la afea.

Capítulo II

La puerta del Alcázar, situada en el ángulo formado por los muros exteriores de éste y la mencionada casa, da entrada al patio de las Banderas. Cuanto sobre el origen de este sonoro nombre hemos podido averiguar, redúcese a que es debido a un haz de banderas que sobre la puerta hubo en otros tiempos pintado al fresco. Debajo del arco de entrada y a mano izquierda hay un precioso retablo, que se ilumina todas las noches, y en cuyo centro se ve una pequeña Virgen de la Concepción con dos lindas efigies de San Joaquín y Santa Ana a sus lados: en la parte superior y en los costados del retablo se hallan colocadas la de San José con el Niño en brazos, y las de San Fernando y San Pedro, que parecen ofrecer la espada y las llaves, con que están representados, a la Madre del Redentor. El todo forma un conjunto tan grato para la vista como para el corazón. El patio es entrelargo, tiene en medio una fuente rodeada de árboles, y tanto el lado por donde hemos introducido en él al lector, como los dos que le son perpendiculares, se hallan compuestos de casas, sin mérito alguno artístico, alquiladas a particulares, alzándose en el opuesto la hermosa habitación del Teniente de Alcaide, en cuyo extremo izquierdo según se mira, hay un arco

que conduce por un estrecho y retorcido callejón al postigo de que hemos hablado y que da salida a la calle llamada de la Vida, al paso que en el costado derecho se encuentra una gran puerta coronada con las armas Reales y que da ingreso a un cuerpo de edificio construido por Felipe III y reparado por Felipe V, que colocó en sus salones altos la Real Armería. Entrase por dicha puerta en un vasto corredor o vestíbulo sostenido por columnas, llamado el apeadero, y encuéntrase en frente un antiguo y venerable retablo. En el ángulo izquierdo un callejón bajo de techo, termina en una cancela de hierro que da entrada a los jardines. En el derecho hay en dirección perpendicular una galería que tiene a la derecha dos casas y a la izquierda la verja de un patio llamado de Doña María de Padilla, y que el actual Teniente de Alcalde, con el buen gusto y celo que le distinguen, ha convertido en jardín.

Al otro lado de éste y en frente de la verja de que hemos hecho mérito, vese el cuerpo del edificio construido por el emperador Carlos V, para celebrar en él sus bodas con la Infanta Doña Isabel de Portugal, y que consiste en inmensos y vacíos salones, de los que unos dan a éste nuevo jardín y otros a los antiguos del Alcázar. En el principal de dichos salones se verificó el Regio enlace el 10 de marzo de 1526, solemnizando el invicto Monarca este acontecimiento con dar libertad en el mismo día al rey Francisco I de Francia, preso en la torre de los Lujanes de Madrid desde la inolvidable victoria de Pavía.

En otro salón de aquellos, llamada la sala Cantarera, celebró mucho tiempo sus sesiones la Real Academia Sevillana de Buenas Letras, a que Sotelo, Reinoso, Lista, Arjona, Mármol, Roldan y tantos otros hombres ilustres pertenecieron, que estuvo en posesión de él desde que en 1752, el

año de haber sido fundada por el docto sacerdote D. Luis Germán, fue acogida bajo la real protección por Fernando VI, hasta 1848 en que el entonces Teniente de Alcaide la hizo desalojar, sin respetar la concesión hecha a este célebre cuerpo literario por su Regio Protector, ni el haberle sido confirmada por nuestra augusta Soberana en 1842, y sin que hayan sido después eficaces todas las gestiones de la Academia para volver a ocupar su antiguo e histórico local.

Capítulo III

Termina la galería antes expresada, en otro patio, que es el principal, y que comunica por un arco con otro estrecho y largo, llamado de la Montería por haber sido residencia de los leales Monteros de Espinosa. A un extremo está la puerta que debe su nombre al León de España, que, con una mano puesta sobre una lanza y una cruz en la otra, se ve pintado encima, ostentando éste que fue su magnífico lema: Ad utrumque.

¡Imposible nos es contemplar sin avergonzarnos este lema glorioso de la antigua España!

En el patio de la Montería se halla un vasto y notabilísimo aposento llamado la Sala de Justicia, que es acaso la construcción más antigua del Alcázar y la más puramente árabe. En él se reunían los Jueces; y cuando hablemos del dormitorio del Rey D. Pedro, referiremos una tradición que une lúgubre y justicieramente el nombre de este Monarca al de la sala expresada.

Vueltos al patio principal, diremos que en el frente opuesto al arco por donde se sale al de la Montería, álzase deslumbrando al que la mira, la árabe fachada del Regio Alcázar. Pero antes de entrar en éste, sigamos un

pasadizo, que del patio principal conduce al cuarto patio, que es el más moderno, el más chico, el más simétrico y el más triste de todos, que se llama de la Contratación, y que debe su restauración a los comerciantes que allí tenían sus juntas y hacían sus contratos cuando se hallaba en auge el comercio de Sevilla con América.

Volvamos a la Regia Morada.

No ha mucho que esta inapreciable joya se encontraba en el más triste y vergonzoso abandono. No sólo se hallaban deslustrados y perdidos los preciosos colores y dorados que hacían de ella la única mansión capaz de realizarlas semi-fantásticas concepciones de los cuentos de las Mil y una noches, no sólo se hallaban, a fuerza de estúpidos blanqueos, enterrados y completamente ocultos en cal los finísimos arabascos de sus muros; no sólo conservaba como heridas sin curar, los destrozos sufridos en distintas épocas y circunstancias, sino que varios patios y aposentos apuntalades daban margen a que escribiese cierto humorista viajero de los que en lugar de descripciones hacen sátiras, por ser esto último más fácil, que una de las cosas afortunadas que le habían sucedido durante su viaje, era el haber salido sano y salvo del Alcázar de Sevilla. Así, pues, los verdaderos amantes del país, los anticuarios, los artistas y los historiadores deben estar profundamente agradecidos a nuestra Reina Doña Isabel II, en cuyo reinado se ha dado por fin cima a la restauración de este admirable monumento, único en Europa, que con la Alhambra y el Romancero nos trasporta a lo vivo a aquellas románticas edades en que la elegancia y los bríos varoniles, el espíritu caballeresco y el religioso, la galantería y el heroísmo reinaban justamente y sin contrariarse. Esta bienhadada restauración, cuya fecha, con el nombre de la Reina que la dispuso, brilla

en letras de oro formando el más bello adorno de la puerta principal del palacio, atrae y atraerá cada día con mayor fuerza a nuestra Soberana los entusiastas elogios a que es acreedora, por haber sabido sobreponerse al espíritu avariento de la época y a sus tendencias cínicamente pregonadoras de lo positivo y de lo útil, demostrando doblemente de lo que son capaces la generosidad y esplendidez regias.

Capítulo IV

La equidad exige que recaiga una parte de estos elogios en el entendido y perseverante Teniente de Alcaide actual, que con singular constancia, celo e inteligencia, superando obstáculos y venciendo inercias, ha sabido realizar los deseos de la augusta señora, eficazmente ayudado en la parte artística por el distínguidísimo pintor sevillano Don Joaquín Domínguez Bécquer. Difícilmente se hubiera hallado otra persona que hubiera podido hacer lo que el Señor D. Alonso Núñez de Prado ha llevado a cabo, pues no es fácil seguramente encontrar quien esté dotado de su fuerza de voluntad, quien se enamore, como él de su obra, y le dedique todo su tiempo; quien tenga su buen gusto y su inteligencia, y quien sea asimisino bastante acaudalado para poder anticipar de sus propios fondos las sumas necesarias para tan dispendiosa obra, a cubrir las cuales no siempre alcanzaban los rendimientos de las fincas del Real Patrimonio puestas a su cuidado. Así, pues, tanto nuestros soberanos como el país, deben estar reconocidos al que, interpretando dignamente los nobles deseos de nuestra reina, ha logrado restaurar este Alcázar, preparando infatigablemente la noble hoguera de la que en todo su primitivo esplendor ha resucitado al

morisco Fénis.

Ya en la fachada deslumbran los vivísimos colores y el oro, que constituyen el regio manto de esta encantadora mansión. La entrada carece a nuestro entender de grandeza, privándola una pared de la vista del magnífico patio principal, al que conduce una pequeña puerta lateral. Hállase este patio rodeado de cincuenta y dos columnas de mármol, de las que cuarenta están apareadas, formando las doce restantes cuatro grupos de a tres en los ángulos. Sobre estas columnas álzanse veinte y cuatro arcos piramidales, formado cada uno de trece semicírculos, menos los cuatro que ocupan el centro de cada frente, que constan de quince; rodeando al patio una galería, cuyos muros así como los de los arcos, están cubiertos de arabescos, y tienen formados sus zócalos de aquel brillante y perdurable alicatado peculiar de los moros.

Frente a cada uno de los cuatro arcos centrales, que son mayores y menos agudos que los demás, hay en la galería una gran portada, de las que una comunica al salón de Embajadores, otra al llamado de Carlos V, otra a otro salón, y la restante constituye el emplazamiento en que, según es fama, se colocaba el trono de los Reyes moros para recibir el feudo de las cien Doncellas impuesto a sus vasallos por el usurpador Rey de Asturias Mauregato, y pagado anualmente a los árabes en recompensa de haber auxiliado a aquel para apoderarse de la corona, hasta que su sucesor el gran rey D. Alfonso II el Casto redimió a los cristianos de tan vergonzoso tributo, gracias a sus brillantes victorias sobre los infieles.

De verificarse en este patio la entrega de este feudo, pretende la tradición que se deriva su nombre de patio de las Doncellas.

Dos de los tres pequeños ajimeces o claraboyas caladas que hay encima

de la magnífica puerta de alerce que conduce al salón llamado de Carlos V, por haberlo reedificado este soberano y sustituido a su antigua techumbre el precioso artesonado que hoy se admira en él, tienen en su parte superior dos cabezas árabes cubiertas con sus turbantes, una de hombre y otra de mujer. Según tradición, son retratos del alarife que el rey D. Pedro hizo venir de Granada para reconstruir el antiguo Alcázar, y de su mujer puestos en aquel paraje por orden del monarca para perpetua memoria.

Capítulo V

El piso superior lo forma una galería jónica construida por Carlos V, cuyo soberbio Plus Ultra ostenta también este patio.

Pásase del patio que hemos descrito al salón de Embajadores, que eleva su soberbia cúpula sobre todas las demás techumbres del edificio. Compónese cada uno de sus cuatro frentes de un bellísimo arco, tres de los cuales tienen otros tres embutidos; sobre cada arco grande hay tres claraboyas figuradas y caladas como encaje; encima de los cuatro grandes arcos, se ven cuarenta y cuatro más pequeños embutidos en el muro; sobre estos hay un balcón en cada fachada, y encima de ellos y circundando al salón, existía una serie de retratos de los Reyes de España, dentro cada uno de un arco gótico; álzase finalmente la majestuosa media naranja artesonada que corona el salón. Destinado en una ocasión el Alcázar a cuartel de voluntarios, entretuviéronse estos desde los balcones en despedazar a bayonetazos los históricos retratos de que hemos hablado.

Impotente nuestra pluma para describir debidamente este salón y referir las impresiones que el recuerdo de la trágica escena ocurrida en su recinto el 19 de Mayo de 1358 despierta, y de que, según afirma la

tradición, son evidentes testimonios las vetas rojizas que manchan las losas del pavimento, y que se suponen producidas por la sangre del maestre Don Fadrique al ser muerto por los ballesteros de su ofendido hermano el Rey Don Pedro de Castilla, dejemos hacerlo al primero y más nacional de nuestros poetas contemporáneos, al Duque de Rivas:

Mas ¡hay! aquellos pensiles
No he pisado un solo día
Sin ver (¡sueños de mi mente!)
La sombra de la Padilla.

Ni en el aposento regio
El que tiene en la cornisa,
de los reyes los retratos
El que en columnas estriba.

Al que adornan azulejos
Abajo, y esmalte arriba,
El que muestra en cada muro
Un rico balcón, y encima

El hondo artesón dorado
Que lo corona y atrista,
Sin ver en tierra un cadáver;
Aun en las losas se mira

Una tenaz mancha oscura...
¡Ni las edades la limpian!...
¡Sangre! ¡Sangre!... ¡Oh, Cielos, cuántos
Sin saber que lo es la pisan!

Del salón de Embajadores se pasa a un patio de no grandes dimensiones, pero de imponderable belleza. Llámase de las Muñecas, y se compone de diez arcos, de los que los cuatro centrales son mayores que los restantes. Sostiénenlos columnas de mármol, y tanto sus muros como los de la galería que forman y los dos pisos superiores, son literalmente de finísimo y delicado encaje. Es todo blanco, y ha sido resguardado de la acción de la intemperie, colocando sobre él una elegante cubierta de cristales.

Capítulo VI

Sólo el lápiz y el pincel unidos pueden dar idea de la caprichosa variedad y belleza de los adornos, de que así el salón y los dos patios de que hemos hecho mérito, como las demás estancias del piso bajo del Alcázar, tienen revestidos sus muros; y de lo admirable de los artesonados. Por todas partes deslumbran el oro y los mosaicos compuestos de los más vistosos colores. Las ventanas, divididas a lo morisco por finas columnitas, dan la mayor parte a los jardines, los cuales tendrían quizás el aire demasiado grave, si la severidad de los naranjos y bojes que unos contra las paredes, otros sirviendo de marco a los cuadros, no discrepan de la etiqueta, no estuviera paliada por el murmullo de las fuentes, la espléndida alegría del cielo y la lontananza de sus horizontes que nada interrumpe, por concluir los jardines en los muros de la ciudad, lo que les da el silencio y el apacible encanto de la soledad.

El segundo piso del edificio fue levantado en su mayor parte con posterioridad a la construcción árabe y a la reedificación hecha por D. Pedro. En él existen muchos hermosos salones con magníficos artesonados, (entre ellos una estancia admirable que da a la fachada, y cuyas paredes

sostenidas por columnas, revisten el oro y los colores, y los mismos encantadores arabescos que embellecen los aposentos del piso bajo), y un lindísimo oratorio de arquitectura gótica, fabricado de orden de los Reyes Católicos, y de gusto semejante al de la iglesia de San Juan de los reyes en Toledo.

El altar, que es de azulejo, representa la Visitación de Nuestra Señora, viéndose en el frontal la Anunciación, y entre muchos adornos la bella y memorable divisa de los augustos fundadores Tanto monta, con el yugo, y sus iniciales F. I.

En este mismo piso se encuentra el dormitorio del Rey D. Pedro, que es la última habitación situada en el lado izquierdo del Alcázar, mirando hacia los jardines. En el techo de la parte de muro comprendida entre dos puertas, que una tras otra cierran una de las entradas de esta estancia, se ven pintadas cuatro calaveras, y junto a otra puerta una figura esculpida en estuco, que representa un hombre sentado contemplando otra calavera. He aquí la tradición a que esto se refiere. Cuéntase que escuchando un día el Rey a quien la historia llama el Cruel, y las tradiciones y la poesía el Justiciero, una deliberación entablada en la sala de Justicia por cuatro jueces que acababan de oír la relación de cierta causa, vino en conocimiento de que trataban de torcer la ley del lado de la dádiva, y del modo de repartirse las que en premio de su infamia les habían sido ofrecidas. Presentóse el monarca indignado ante ellos, y haciéndoles cortar acto continuo las cabezas, dispuso colocarlas para eterno escarmiento en el sitio donde hoy se ven las calaveras. Andando el tiempo fueron quitadas de allí las cabezas, y sustituidas por las calaveras y la figura que parece llamar la atención sobre ellas, como indicando el fin reservado por la justicia del Rey

a los jueces prevaricadores.

Una pequeña y casi escondida escalera, única que existía en el antiguo Alcázar, -pues la grandiosa principal que hoy une los dos pisos, y que pertenece al Renacimiento, es del tiempo de Felipe II, y se halla fuera del recinto de aquél-, comunica desde el dormitorio de D. Pedro a una capilla situada en el piso interior, en lo que fueron habitaciones de Doña María de Padilla, y por ella diz que bajaba el Rey a distraerse de las ingratitudes y falacias de que fue siempre víctima, al lado de una mujer amante y fiel.

Un terrado se extiende ante las habitaciones altas, y otro ante las bajas, y conducen desde ellas a los jardines. Llámanse jardines, por estar divididos, no sabemos con qué objeto. La última división que al frente parte el jardín en dos, es debida al Asistente Don Francisco Bruna, que malgastó en ello bastante dinero.

Capítulo VII

Por la izquierda termina el jardín en una gran galería techada, por la cual puedes pasearte en los días lluviosos; y que separa a aquél de la extensa huerta perteneciente al Alcázar. Cubre la galería una azotea, que es otro nuevo paseo, en extremo agradable por las buenas vistas que ofrece; pero ninguna más grata que el contraste que forman de una parte aquellos regios jardines con su majestad, su orden y su silencio, y de otro la casita del hortelano en su pintoresco desorden, con su parra por toldo, sus gallinas y pollos por cortesanos, sus legumbres por riqueza, sus flores por lujo, y su alberca habitada por ranas, a dos pasos de los históricamente famosos y regios baños de las Sultanas, y más tarde de Doña María de Padilla. Entrase en ellos por el jardín, y están hoy bajo el patio que lleva el nombre de ésta, levantado en tiempo de Carlos V. En lo antiguo se hallaban rodeados de naranjos y limoneros que bebían sus aguas, y cubierta únicamente su parte superior. Consisten los años en una larga albarca, que tendría en aquella época agua siempre corriente para abastecerla.

Cuéntase que, mientras se bañaba le hermosa favorita le hacían tertulia el Rey y sus cortesanos, lo cual deja de ser tan escandaloso como a primera

vista pudiera aparecer, si se considera que hoy mismo es costumbre en algunas partes recibir en el baño, y aun en ciertos parajes bañarse muchas personas de ambos sexos reunidas, como se verifica en los de Biarritz en Francia, y en los de Bath en la pulcra Albión. La galantería de aquellos tiempos había introducido la costumbre de que, los caballeros bebieran del agua misma en que se bañaban las damas. Así lo verificaba en el baño de Doña María el Rey D. Pedro y sus cortesanos. Notó un día aquel que uno de estos no lo hacía, y dirigiéndose a él le dijo: ¿Porqué no bebes? Prueba esta agua y verás cuán buena y fresca es. -No haré tal, Señor, contestó el interpelado. -¿Porqué? tornó a preguntar picado el Monarca. -Para evitar, Soberano Señor, repuso aquél, que si encuentro agradable la salsa, vaya a antojárseme la perdiz.

A la entrada de los jardines, por la cancela de hierro de que casi al principio de estas páginas hablamos, y que es la que en ciertos días se franquea al público, hay un magnífico estanque de más de tres varas de profundidad, apoyado en la galería que separa los jardines de la huerta, y en cuya pared se ven todavía bellísimas pinturas mitológicas, que ni el ardiente sol ni los violentos aguaceros de Andalucía han podido deslustrar.

De este estanque se refiere, que hallándose muy preocupado D. Pedro con la idea de a qué Juez confiaría el sentenciar un pleito sumamente enmarañado y oscuro, cortó una naranja en dos mitades, y colocó una de estas sobre la superficie de las aguas del estanque. Hizo venir a un Juez y le preguntó qué era lo que sobrenadaba. Contestóle el Juez que era una naranja, y descontento el rey lo despidió, mandando llamar sucesivamente otros varios Jueces, de quienes, habiéndoles hecho la misma pregunta, obtuvo también la misma respuesta. Llegó, por último, uno que al

escuchar la pregunta del Rey, desgajó una rama de un árbol, y trayendo con ella hacia sí el objeto a que aquél aludía, lo sacó del agua: Es media naranja, Señor, contestó entonces. -Tú serás, dijo el Rey, quien sentencie la causa; y la puso a su cuidado.

No debemos pasar por alto una cosa que entusiasma a algunos, y asusta a otros de los muchos que visitan los jardines del Alcázar. Nos referimos a un juego de aguas que hace brotar de repente entre los ladrillos de los paseos, gran cantidad de saltadores, que formando prismas con los rayos del sol poniente, causan bellísimo efecto y parecen otros tantos movedizos penachos de brillantes.

Capítulo VIII

También hay un laberinto de arrayán, caro a los niños, que los atrae y asusta como todo lo misterioso.

Hay otra cosa en estos jardines, que sin ser cosa artística ni regia, sin recuerdo histórico y sin ayuda del tiempo ni del hombre, encanta, y admira, y es un ruiseñor que no busca recuerdos ni bellezas, sino verde hojarasca, y no podemos concluir de hablar del Alcázar, sin dedicar un recuerdo a este huésped de sus jardines, porque él a su vez nos trae a la memoria los amigos queridos y simpáticos en unión de los cuales, y sentados con ellos alrededor de una fuente, hemos quedado tantas veces mudos y absortos escuchando los mismos sonidos que oirían las grandes figuras, cuyos hechos han quedado impresos en las páginas de la historia, y cuyas huellas se estamparon en los mismos sitios que recorríamos. Una serie de siglos, con los personajes y cosas que en cada cual figuraron, pasaba lentamente ante nuestra vista, trayéndonoslos a la memoria como repite un lejano eco los debilitados sonidos de distintas tocatas. Entonces, cual nunca, sentíamos lo que Mr. Ernesto Reuan, Miembro del Instituto francés, ha expresado no ha mucho en las siguientes palabras

«¡Lo pasado es tan poético! ¡Lo porvenir lo es tan poco! Hay más mérito en amar lo que fue, que en amar lo que será. Ciertos seres privilegiados aman las cosas antiguas y gastadas, porque las ven débiles y abandonadas, y porque la multitud se aglomera en otras direcciones. En esto consiste el secreto de su fuerza; pues enmedio de esta humanidad ligera que ríe, se divierte y se enriquece, conservan lo que constituye la fuerza del hombre, y lo que a la larga da siempre la victoria, esto es, la fe, la gravedad, la antipatía a todo lo vulgar, el menosprecio de la frivolidad.»

Mal hemos llenado nuestro cometido; pero venga todo aquel que quiera conocer bien esta joya de España a la hospitalaria hija del Betis; cuando le admire la Lonja, le encante el Alcázar y le entusiasme la catedral, conocerá cuán difícil es describir en lisa y llana prosa lo que se siente al contemplarlos. No ha sido éste tampoco el objeto que nos hemos propuesto al trazar las presentes líneas. Al ver que la época actual, que tiene tantas trampas para publicar lo que es triste y malo -o lo que sin ser malo hace que lo parezca-, no ha tenido fuera de Sevilla ni una débil voz para publicar la buena y satisfactoria nueva de esta hermosa restauración, cuya importancia es la de un verdadero acontecimiento nacional (por mas que no sea un ferrocarril), hemos querido sólo evitar que quede desatendida, y contribuir en algo a que todo español amante de las bellezas artísticas y de los monumentos históricos de su patria, tribute a nuestros reyes la gratitud a que en esta, como en tantas otras ocasiones, se han hecho acreedores.

Índice

Capítulo I	4
Capítulo II	7
Capítulo III	10
Capítulo IV	13
Capítulo V	16
Capítulo VI	19
Capítulo VII	22
Capítulo VIII	25